

Sancho frente al espejo

Juan Ramón Muñoz Sánchez
(Universidad de Jaén)

La construcción de personajes en Cervantes: hacia Sancho Panza

Uno de los aspectos más destacados de la prosa de imaginación de Cervantes lo constituye la conformación de personajes no lineales sino complejos, discrecionales, en proceso de construcción, de vida en curso, dotados de cierta capacidad de aprendizaje en el roce con el mundo que les permite transformarse o evolucionar, a pesar de los convencionalismos genológicos, de los tipos y los caracteres y del principio de decoro, y que representan, en toda su magnitud y en su radical ambigüedad, al ser humano y sus posibilidades.

Así, los pastores de *La Galatea*, después de la experiencia y la lección que extraen de los diferentes casos de amor protagonizados por personajes ajenos a su circunstancia y condición que se desarrollan en forma de relatos de segundo grado, están en disposición de despojarse de su esencia poética, de abandonar el mundo de la Arcadia y de sumergirse de lleno en el ámbito de la más pura y cruda realidad a fin de luchar, aun con el uso de la fuerza, por la consecución de sus objetivos (Muñoz Sánchez 2003). Los protagonistas de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* no solo transitan por un orbe inestable que les permite cierto grado de independencia respecto de él, se pone a prueba su talante frente a los demás y se inserta la duda que comporta el futuro en su personalidad (Lozano-Renieblas, 454-462), sino que además su caracterización es dual o binaria, puesto que operan en ellos dos rasgos distintivos fundamentales de signo opuesto, lo que redundará en su problematicidad: Periandro fluctúa entre el temperamento del *ethos* heroico, que le conduce a hacerse dueño de su destino, y el sentimental del personaje masculino principal de la novela de tipo griego, caracterizado por la inacción, la pusilanimidad y el ánimo quejumbroso; mientras que Auristela oscila entre su olímpica frialdad y sus prontos celos, es una suerte de exacerbación de la protagonista de la novela de tipo griego y de la dama de los libros de caballerías que representan Cariclea y Oriana (Muñoz Sánchez 2018, 38, 88-127 y 157-162). Esta técnica de construcción de personajes basados en rasgos contrapuestos o en contradicciones de sentido se encuentra asimismo en algunas *Novelas ejemplares*, como en *La gitana*, donde Preciosa es una gitana honesta y virtuosa; en *Rinconete y Cortadillo*, en que los cofrades del patio de Monipodio son a un tiempo piadosos y delincuentes; en *El celoso extremeño*, cuyo protagonista es una mezcla de celoso compulsivo, asociado a un tipo cómico de rancio abolengo que trasciende, y de generosidad; y, como se compendia ya en los títulos, en *El amante liberal*, *La española inglesa* y *La ilustre fregona*. Si bien, es en *Don Quijote* donde Cervantes, como se sabe, la lleva al cenit, con la configuración de don Quijote como “un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos” (*Don Quijote*, II, XVIII, 846) y de Sancho como un tonto listo o un simple discreto. Entre estos dos polos se desarrolla, en efecto, su evolución como personajes a lo largo de la obra, con un “desplazamiento del énfasis del uno al otro de los dos principios constitutivos”, según la observación de Martínez-Bonati (90): “don Quijote es cada vez más sabio y menos loco, Sancho, más agudo y menos simple”.

Conviene señalar, por un lado, que la locura de don Quijote, que constituye el motivo medular del texto, no es tanto de orden psicológico ni médico, aunque pueda estar inspirada en tratados de la época como el *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) de Juan Huarte de San Juan y otros a propósito de la risa y la melancolía, cuanto literaria y presenta, de acuerdo con Edwin Williamson (1991, 133-145; 2013a, 38-43; 2018, 529-531), dos grados: la creencia absoluta de la historicidad y veracidad de los libros de caballerías y la convicción de que él está predestinado a reinstaurar la orden de la caballería en su época. Mientras que el primer grado de locura permanece inalterable de principio a fin, desde el asalto de la locura hasta que recobra la cordura de manera accidental, inopinada, sin lógica causal, en el lecho de muerte,¹ el segundo evidencia un proceso de paulatina modificación, sobre todo en el *Ingenioso caballero*, a medida que la extroversión y autoconfianza inicial en su misión va dando paso a una introspección propensa a la duda, la reserva y la resignación, ocasionada por su creciente pesimismo ante la acción de los malignos encantadores que le persiguen para frustrarla y en la melancolía que lo abate por el encantamiento de Dulcinea y su imposibilidad de devolverla a su prístina condición, causa de su enfermedad final. Por otro, que permite, a contrapelo del héroe clásico, el divorcio o la separación de las palabras y los actos, y así, pongamos por ejemplo, don Diego de Miranda no puede acertar a entender que don Quijote haga las desmesuras que hace y que, al mismo tiempo, sus discursos sean tan admirables y perfectos como bien razonados. Por fin, que la evolución del caballero y el escudero, dentro de los márgenes de su caracterización bipolar, es, antes que uniforme o lineal, casual y, en cierto modo, arbitraria, como se desprende, por ejemplo, del inesperado comportamiento de Sancho durante su gobierno en la Ínsula Barataria y como se podría resumir en la definición que del propio escudero ofrece don Quijote a los Duques, en la sobremesa del ágape de su recibimiento:

Quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió a caballero andante: tiene a veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple o agudo causa no pequeño contento; tiene malicias que le condenan por bellaco y descuidos que le confirman por bobo; duda de todo y créelo todo; cuando pienso que se va a despeñar de tonto, sale con unas discreciones, que le levantan al cielo. (*Don Quijote*, II, xxxii, 983)

De las palabras de don Quijote se desprende el conocimiento que ha ido adquiriendo del escudero durante su trato con él desde el inicio de la segunda salida, a la altura del capítulo VII del *Ingenioso hidalgo*, aunque ya supiera antes de él como convecino suyo y se le escapen diversas disposiciones adquiridas por Sancho como la tendencia a engañarle por conveniencia, como cuando ata las patas a Rocinante en la aventura de los batanes y en la embajada y encantamiento de Dulcinea (I, xx y xxx-xxxI; II, x), y a aprovecharse de su locura en determinadas ocasiones para beneficio propio, como en los azotes del desencanto de

¹ Con todo, a partir de la derrota del héroe en la marina de Barcelona frente al Caballero de la Blanca Luna el narrador externo insiste en que sus discursos son cada vez más lúcidos (“Apeáronse en un mesón, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza, que después que el vencieron con más juicio en todas cosas discurría” [II, LXXI, 1314]), lo cual no significa que no siga considerando los libros como norma de vida y por ende que fantasee con Sancho pasar el año en blanco de su postración convertidos en pastores literarios. Por otro lado, hay quien piensa, como es el caso de Margit Frenk (103-115), que don Quijote no muere cuerdo, antes bien, su conversión en Alonso Quijano el Bueno, no sería sino su último disparate.

Dulcinea (II, LXXI-LXXII), ya que Sancho, a partir de la aventura de los molinos de viento (I, VIII), va también conociendo progresivamente a su amo y señor natural.

Sucede que Cervantes desempeña un papel cardinal en el proceso histórico de inversión del orden de la jerarquización de las unidades de acción (*mitos*) y de personaje (*ethos*), al situar al sujeto de la acción, frente a la historia o fábula, como la unidad más relevante o prevalente del texto. *Don Quijote* —e igualmente algunas *Novelas ejemplares*, como *La gitanilla*, *El celoso extremeño* o *El coloquio de los perros*— es, en efecto, una “novela de personajes”, y ello porque los héroes, en lugar de estar caracterizados de antemano por la acción y aún cuando son los actantes de la función de la parodia del caballero andante y del escudero de los libros de caballerías, son sus sujetos, la protagonizan, la experimentan, reflexionan sobre ella y, a través de ella, modifican sus conductas; es decir, sus personalidades están *in fieri*, en su ser, en su forma de actuar, de interaccionar entre sí y de relacionarse con los demás. “Don Quijote y Sancho”, en palabras de Close (2007b, 51), “tienen identidad propia, fundada en su memoria de quiénes son, cuáles son sus orígenes y su historia y a qué aspiran, y su conducta está motivada fundamentalmente por sus anhelos y ambiciones. Además, como cualquier ser humano, tienden a manifestar ante los nuevos avatares de su vida reacciones fundamentalmente semejantes a las anteriores y, a la vez, distintas, tanto por la novedad de las circunstancias como por llevar el lastre de la experiencia acumulada”. La centralidad de los dos personajes, más preponderante y de dimensión más social en la segunda que en la primera parte, es subrayada por Cervantes en los prólogos al *Ingenioso hidalgo* (“Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas” [20]) y a las *Novelas ejemplares* (“verás, y con brevedad, dilatadas las hazañas de don Quijote y los donaires de Sancho” [20]), por el narrador primario de la novela, en el comienzo del capítulo XLIV de la segunda parte, donde expone que las novelas sueltas y pegadizas habrán de acrisolarse por sí solas, “sin arrimarse a las locuras de don Quijote ni a las sandeces de Sancho” (II, XLIV, 1070), por Sansón Carrasco, quien, después de comentarle a don Quijote la pintura que han hecho de su figura “el moro en su lengua y el cristiano en la suya”, le asegura a Sancho que “sois vos la segunda persona de la historia (II, III, 706 y 709), por los lectores, en general, de la segunda parte que han leído la primera, que reconocen, celebran y festejan a los héroes, y por los propios don Quijote y Sancho, sabedores de que son personajes literarios de renombre, archivo viviente de la caballería y escudería andante, y de lo que son frente a los espurios don Quijote y Sancho de Avellaneda.

Torrente Ballester afirmaba que “un personaje o figura está formado de todos los elementos que en el *corpus* se le atribuyen, ya los que le tienen por sujeto —hace, dice— como aquellos en que es objeto directo o indirecto de proposiciones de carácter afirmativo o negativo en que otro es el sujeto” (38). Y, ciertamente, un personaje es la suma de su ser —su nombre, la descripción textual de su figura—, de su actuar —sus posibilidades de acción, las situaciones previstas e inesperadas que ha de afrontar, el contexto en el que se desenvuelve—, de su modo de estar, de su hablar y de sus relaciones con otros sujetos. La información que se ofrece y que él brinda para el conocimiento de su persona se desgrana a lo largo del discurso

de forma discrecional, a medida que el texto la reclama. Según Carrol B. Johnson, la construcción y presentación de los personajes en Cervantes depende de

(1) los personajes mismos, que se definen por lo que dicen y lo que hacen; (2) los demás personajes, que emiten juicios y opiniones acerca de sus compañeros de texto (y que en el mismo acto de hacerlo se definen o se delatan a sí mismos); (3) narradores, que ofrecen descripciones de cualidades físicas y morales, además de narrar las acciones llevadas a cabo por los personajes. (14)

Si predomina el primer caso, lo que se pretende es dar cuenta de la interioridad del sujeto y manifestar su punto de vista, su subjetividad; el relato se aproxima a la autobiografía o a la autodiégesis, como es característico de la novela picaresca, que Cervantes nunca cultivó de manera canónica, pero que frecuentó en los episodios novelescos insertados en sus narraciones extensas o en las autopresentaciones: piénsese, por un lado, en la historia que de su caso particular cuenta Lisandro a Elicio, en el libro I de *La Galatea*, en la autobiografía militar de Rui Pérez de Viedma, en los capítulos XXXIX-XLI del *Ingenioso hidalgo*, en la historia que la dueña Rodríguez le profiere a don Quijote, durante su encuentro nocturno en el capítulo XLVIII del *Ingenioso caballero*, y en el narración del caballero portugués Manuel de Sosa Coitiño, en el capítulo X del libro I de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*; y, por el otro, en la descripción que hace de su persona y su caso Teodosia a su compañero de estancia, que resulta ser su hermano don Rafael, en el mesón de Castilblanco, en *Las dos doncellas*, o la del Caballero del Verde Gabán en su encuentro con el caballero andante y su escudero, en el capítulo XVI de la segunda parte del *Quijote*. En todos estos casos no se recela de la construcción que de sí mismo hace el personaje ni de la información que proporciona de los hechos. En otros, sin embargo, puede mentir, exagerar u ocultar información en orden a esconder, celar, poner de relieve diversos aspectos de su personalidad, tal y como sucede en los relatos primopersonales de Rincón y Cortado, en *Rinconete y Cortadillo*, del alférez Campuzano, en *El casamiento engañoso*, y de Periandro, en el *Persiles y Sigismunda* (II, x-xx), donde además él y Auristela recurren al expediente de engañar para proteger su verdadera identidad y la relación que los une.

Si prevalece el tercero, se busca por lo regular la objetividad, como acaece, pongamos, en la presentación de don Quijote, en el primer capítulo, y la de Maritornes, en el XVI, del *Ingenioso hidalgo*, la de Filipo Carrizales, en *El celoso extremeño*, y las de don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa, en *La señora Cornelia*.

No es frecuente que impere el segundo modo, aunque contamos con los casos de los personajes que aparecen en los relatos autodiegéticos cuya presentación y construcción depende exclusivamente del personaje narrador, como Zoraida, en la autobiografía del capitán cautivo; doña Estefanía de Caicedo, en la explicación que el alférez Campuzano le proporciona al licenciado Peralta acerca de su maltrecho estado de salud, en *El casamiento engañoso*; los amos de Berganza y su circunstancia, en *El coloquio de los perros*; o los pescadores-corsarios, el rey Leopoldo de Danea, Sulpicia y el rey Cratilo de Bituania y sus huestes, en el relato analéptico de Periandro. Con todo, Cervantes es dado a emplear a personajes en el rol de informadores de otros con los que se relacionan, a los que apenas conocen o de los que ignoran prácticamente todo, por lo que el alcance de la información que transmiten a propósito de ellos es sumamente variable, nunca sobrepasa los límites del

conocimiento humano y está sujeta a ideologías, juicios personales, formas de entender el mundo, rencillas, envidias, etc. Valgan como botón de muestra Teolinda, que se encarga de presentar a los pastores cortesanos Tirsi y Damón y a Rosaura y Galercio, en la dos ocasiones a Galatea y Florisa, en *La Galatea*; el cabrero de Sierra Morena que cuenta a don Quijote y Sancho lo poco que sabe sobre Cardenio o el Roto de la Mala Figura, cuyo nombre desconoce, en el capítulo XXIII del *Ingenioso hidalgo*; la que hacen Clodio y Rosamunda el uno del otro (I, XIV), el capitán del barco mandado por Sinforosa del vencedor de los juegos lúdico-deportivos de la isla del rey Policarpo, que es Periandro, a Auristela y compañía (I, XXII) y Seráfido a propósito de Persiles y Sigismunda al italiano Rutilio (IV, XII), en la *Historia septentrional*. En ocasiones, las presentaciones son realizadas por varios personajes, anónimos o no, que aportan informaciones parciales, complementarias y aun contradictorias, bien todavía de manera sesgada, como en la de Rutilio aún como el bárbaro carcelero que habla toscano en la isla Bárbara (I, VI), en el *Persiles y Sigismunda*; bien completa, como en la magnífica del virote Loaisa de arriba abajo, iluminado por la luz de una vela, a cargo del corro palomas, en la noche que por fin logra penetrar en la casa-cárcel-convento de Carrizales, en *El celoso extremeño*; bien para hacer más creíble y verosímil a un personaje excepcional, como Preciosa, en *La gitanilla*, a la que el autor saca a pasear por el espacio urbano de la villa y corte con objeto de que ella pueda mostrar las muchas cualidades que atesora delante de un público que sepa apreciarlas, encumbrarlas e, incluso —como también acaece—, vituperarlas. Por los barrios de Madrid, por sus plazas, calles, parques, edificios públicos y privados, la hermosa gitanilla va luciendo sus mil gracias y donaires que deslumbran y dejan boquiabiertos a los cortesanos, a la par que ellos, en sus comentarios, van completando sus rasgos físicos y espirituales. Y parejo sucede con Constanza, en *La ilustre fregona*, de cuyo prodigio, ser una fregona de mesón que no friega y que refulge por su belleza, su humildad, su castidad, su bondad, su integridad y su devoción, se hace lenguas toda Toledo, aun las viperinas de la Argüello y la Gallega.

Hay otras fuentes de información en la construcción de personajes, proveniente de la búsqueda y compilación de diversos materiales, de manuscritos, crónicas, anales, epitafios, opiniones de académicos, de voces autorizadas, de gentes, recuerdos, rumores, dichos, etc. El caso egregio, naturalmente, lo constituye la reconstrucción de la historia de don Quijote, que lleva a cabo el segundo autor, cuya labor es similar a la de un humanista, un historiador o un investigador que indaga sobre la vida y hechos de una persona, por lo general relevante, y que novela su propio trabajo.

Lo más habitual, con todo, lo que Cervantes pone en práctica con más asiduidad es una síntesis ponderada de las tres estrategias fundamentales de presentación y construcción de personajes; a las que cabe añadir, en especial en el proceso autorial de gestación, los referentes contextuales e intertextuales con lo que opera en cada caso concreto.

Así, la figura de Sancho Panza, “un labrador [...] que era pobre con hijos” (I, IV, 67), “hombre de bien”, “de muy poca sal en mollera” (I, VII, 99), “bien nacido y por lo menos cristiano viejo” (I, XX, 238), pertenece, desde una perspectiva histórica, a un grupo social específico y bien definido de la Monarquía Hispánica a caballo entre los siglos XVI y XVII: el de los pecheros o labriegos y ganaderos contratados a jornal; Sancho, de hecho, y su familia parece ser que se sustentan con apenas un real y medio de presupuesto diario, derivado de sus trabajos ocasionales de segador, bracero, cuidador de puercos y gansos, pastor de cabras, de lo

que obtiene con su asno, quizá de algún viaje a la corte y de lo que aportan su mujer, Tesara Panza, y su hija, Mari Sancha, hilando y bordando. Lo cual no solo proporciona una explicación convincente de por qué abandona su casa y a su familia para servir de escudero a merced —“de buena gana” (I, VII, 99)—, bajo la difusa promesa del gobierno de una ínsula, a un hidalgo de su lugar en sus disparatadas correrías como caballero andante, sino que justifica también su natural anhelo de medro social, su codicia, su ambición, su oportunismo y, en determinados momentos (I, XX; I, XLVI; II, VII; II, XXVIII), su demanda de un salario a su amo o, en su lugar, de algún tipo de remuneración o gratificación por los servicios prestados.²

Su condición social de labriego o villano rústico responde asimismo a una estirpe literaria de diversas ramificaciones que hunde sus raíces tanto en la tradición popular como en culta, en el refranero, en los dichos y cuentos tradicionales, en las utopías en que triunfa la razón natural, en el carnaval, en las bromas estudiantiles, en los tipos cómicos —el tonto, el listo, el loco, el bufón— del teatro anterior a Lope de Vega, en la figura del donaire o del gracioso de la *comedia nueva*, en el tonto sabio y juicioso o el falso simple de la tradición erasmista, etc., y que le imprime numerosos rasgos de su etopeya, comenzando por su nombre: su credulidad, su necedad, su ignorancia, su cobardía, su poquedad, su desmedido afán por satisfacer las necesidades corporales elementales, su materialismo, su bellaquería, sus prevaricaciones lingüísticas, su cultura oral, su talante festivo y de hablador empedernido, su carácter malicioso, ladino, oblicuo y de astuto pícaro, su agudeza de ingenio, su fidelidad, su oficio de consejero de su señor, su generosidad y bondad.³

Su razón de ser en el texto reside, sin embargo, en su profesión de escudero, más bien en la inversión paródica de los escuderos de los libros de caballerías, en singular de Gandalín, el fiel escudero de Amadís de Gaula, que forma parte del plan general del autor de escribir una invectiva contra tales libros, como pormenorizadamente ha estudiado Eduardo Urbina (1991), por cuanto Sancho, como don Quijote respecto de los caballeros andantes, incumple todos los requisitos para serlo, pues no es hidalgo, es pobre, tiene familia y es demasiado mayor para aprender la profesión. De su “oficio escuderil de la caballería” (I, IV, 67) dimana su principal función en el texto, que no es otra que la ser un complemento y un contrapunto irónico de don Quijote. En efecto, Sancho, en palabras de Torrente Ballester (96-97), mezcla en su comportamiento las funciones de “coadyuvante” y de “opponente”:

Coadyuvante desde su concepción misma, puesto que entra en la novela para dar la réplica al protagonista; coadyuvante también en todas las funciones que se derivan de su papel de criado y de amigo, ambas mantenidas hasta el final; pero “opponente”, a) en cuanto su visión correcta de la realidad le lleva a desbaratar y rectificar constantemente las transformaciones de don Quijote (“no son gigantes, son molinos; no son ejércitos, son ovejas, etc.”) y b), en cuanto jugador tramposo, pues si bien es cierto que entra en el juego de don Quijote, lo es también que “lo engaña”.⁴

² Sobre la condición social de Sancho en la época resulta imprescindible el estudio de Salazar Rincón (2004). Canavaggio (2014, 191-198), Close (2001 y 2019, 148-159) y Martín Morán (322-344) abordan, desde diversas perspectivas, la cuestión del salario de Sancho.

³ Sobre el pedigrí literario de Sancho, véase Canavaggio (2016), Close (1973, 2007b y 2019, 126-132), Hendrix (1925), Iffland (1999, 121-141 y *passim*) Márquez Villanueva (1973, 20-94), Molho (1976, 217-335), Ramírez Santacruz (2016a y 2016b), Redondo (1978), Riley (2000, 76-79 y 142-151) y Sletsjøe (1961). Sobre la tradición crítica en torno a Sancho, véase Flores (1982).

⁴ Parecido opina Urbina (136): “Su función paródica [de Sancho] es de naturaleza doble: como contraste, enemigo que persigue a don Quijote subrayando su locura, y como paralelo, compañero que le sigue, viéndose afectado en su ignorancia por similar aberración”.

Sucede que Sancho, a diferencia de don Quijote, que nace de un calculado y ponderado acto de voluntad —por muy enajenada que esté— de Alonso Quijano, nunca deja de ser Sancho; él no tiene una identidad doble, una “real” o “histórica” y otra ficticia, como su señor, que le lleve a representar un rol inventado con todas sus consecuencias; él no se transforma, no anula su condición de campesino pobre y hablador, para desempeñar el oficio de escudero y, por consiguiente, no suplanta el “mundo real” por el “imaginario” de los libros de caballerías para poder ser, incluso en la segunda parte en que adecua su comportamiento a la fama adquirida como escudero en la primera y toma nítida conciencia de sí frente al falso Sancho de Avellaneda. Por ahí, esa doble función esencial que ha en relación con su amo. Por ahí, que uno de los grandes aprendizajes que realiza en el curso de la narración —como queda dicho— sea precisamente percatarse de que su convecino está loco, y, como él mismo define en el momento en que más hondamente reflexiona a tal propósito, “de locura que las más veces toma unas cosas por otras y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco” (II, x, 767), aún cuando él no repare en el estatuto ficticio de los libros de caballerías ni perciba que don Quijote no distingue la historia de la poesía, la vida de la literatura. Y por ahí, la tensión que se genera entre la relación feudal que los une, según don Quijote y que Sancho reconoce en determinados momentos, como caballero andante y escudero, basada en el código del vasallaje, en un pacto de obligaciones mutuas entre el señor natural y el siervo, y la contractual que se estaba imponiendo en los tiempos modernos de sujeto a sujeto entre un amo y su criado, que Sancho, como hemos dicho ya, reclama de cuando en cuando, sustentada en un salario fijo, el alojamiento, el sustento y la independencia de los dos o en un algún tipo de retribución dispensada tras los trabajos realizados. Una tensión que deriva en un conflicto de profundas resonancias políticas y sociales en el *Ingenioso caballero*, como ha analizado Edwin Williamson (1991, 235-257; 2009; 2013a; 2013b; 2014 y 2018), cuando, a partir de la burla orquestada por los duques de la profecía de Merlín acerca del desencanto de Dulcinea (II, xxxiv-xxxv), se invierte la posición jerárquica de poder entre don Quijote y Sancho, pues es ahora el caballero quien se hace dependiente —está a merced— del escudero para librar del hechizo a su amada. Su máxima expresión, real y simbólica, se produce cuando en un alto en el camino a Barcelona se enfrentan a cuenta de la desidia y la renuencia de Sancho a querer infligirse a voluntad los tres mil y trescientos azotes impuestos por Merlín como condición para deshechizar a Dulcinea: aprovechando que el escudero duerme, don Quijote intenta descubrirle las carnes para flagelarlo con la riendas de Rocinante, pero justo en el instante en que le está quitando las cintas de los calzones, Sancho despierta, se pone en pie, forcejea con su amo, le derriba al suelo, le pone su rodilla sobre el pecho para sujetarlo y, declarándole su libertad individual (“ayúdome a mí, que soy mi señor”) ante la acusación de traidor de don Quijote por rebelarse contra su señor natural (“¿Cómo, traidor? ¿Contra tu amo y señor natural te demandas?” [II, LX, 1220]) y, con ella, también su deslealtad y la subversión del pacto que habían establecido, lo amenaza de muerte si osa intentarlo de nuevo.⁵ Después, en el camino de vuelta a la aldea, Sancho, liberado del vasallaje, sigue humillando a don Quijote, quien le ruega una y otra vez que tenga a bien castigar sus “entrambas posaderas” por la

⁵ Aparte de los estudios citados de Williamson, sobre el forcejeo de don Quijote y Sancho y las implicaciones que comporta, véase Avalle-Arce (1989), Iffland (475), Molho (1983) y Ramírez Santacruz (2016a, 295-297).

sanación de su amada, el último bastión de su ilusión caballeresca, hasta arribar a pedírselo de rodillas (“se fue a poner de rodillas delante de Sancho” [II, LXIX, 1299]) e incluso a ofrecerle un estipendio por cada uno de los azotes —ochocientos veinticinco reales en total, un cuartillo por azote, que se doblan a mil seiscientos cincuenta, o sea, a medio real por cada uno— y una gratificación —cien reales más— por el conjunto, que el escudero acepta. “Pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas [los azotes], y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecía que con cada uno dellos se le arrancaba el alma” (II, LXXI, 1313). El contraste entre la mentira desleal del escudero, que no tiene el más mínimo escrúpulo en defraudar a su señor y esquilmarle a sabiendas el dinero, y el caballero, que mira, condescendiente y bonachonamente, todo el tiempo por la salud de Sancho es palmario y desazonador. Como bien decía Riley (2000, 144), “si don Quijote hubiera sido menos ingenuo, es dudoso que la camaradería entre ambos hubiese perdurado hasta el final”.

Sancho nace en el texto, al igual que Dulcinea y Cide Hamete Benengeli, como una necesidad de don Quijote. Luego de ser armado caballero en la primera venta, su padrino le aconseja que se provea de dineros, muda, un botiquín esencial y un escudero, pues los caballeros andantes “pocas o raras veces” (I, III, 61) iban sin él. Si no ha aparecido antes, pues, no ha sido tanto por descuido de don Quijote en la construcción de su ficción, cuanto porque, como ha señalado Urbina (89), en su primera salida, antes de ser armado caballero, “su condición es la de hidalgo aspirante a caballero, es decir, la propia de un escudero”.

Su presentación y descripción, que es muy sesgada, corre a cargo del narrador primario, quien, en función de narrador equiscente, se alinea con el pensamiento de don Quijote. La primera mención explícita se registra justo cuando el caballero novel pone rumbo a la aldea sin nombre para cumplir los consejos del ventero socarrón: “determinó volver a su casa y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recibir a un labrador vecino suyo que era pobre y con hijo, pero muy a propósito para el oficio escuderial de la caballería” (I, IV, 67). Es evidente que el hidalgo y el campesino se conocen —más adelante el narrador dice que “solo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decía era verdad, sabiendo él quién era y habiéndole conocido desde su nacimiento” (I, XIII, 156)—, pero se nos escapa el tipo de trato que han podido tener, aunque parece poco probable, por la condición y los intereses de cada cual, que tuvieran alguno, aparte del propio de vivir en un lugar de tales características; no obstante, por alguna razón, tal vez por su pobreza y necesidad, tal vez por su necedad, tal vez por ambas cosas, don Quijote lo elige a él y no a otro como alguien conforme, pese a su absoluta falta de adecuación, para ser su escudero y servidor, por lo que el caballero se torna, como en otras cuestiones, en el propio agente de la parodia. La segunda acaece durante los preparativos de la nueva salida; en ella se amplía la escasa información brindada antes a fin de nominar al labriego, de subrayar su ignorancia, su credulidad y su ánimo de mejorar económica y socialmente, y de insinuar el tipo de acuerdo, servicio a merced, al que han llegado:

Solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien —si es que este título se puede dar al que es pobre—, pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quitame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras

tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos y asentó por escudero de su vecino. (I, VII, 99-100)

Y se completa de inmediato con las alforjas que don Quijote le pide que porte consigo y con el asno, que representan la imagen arquetípica de Sancho como “escudero caballero asnalmente” (I, VII, 100), al tiempo que constituyen dos de los *leitmotifs* más significativos del plan narrativos del *Ingenioso hidalgo*, junto con el bálsamo de Fierabrás, el baciyelmo de Mambrino y el plan del cura y el barbero para hacer volver a casa a su amigo y contertulio.

A esta presentación general de Sancho realizada a medio camino entre la voz del narrador primario y la perspectiva de don Quijote, cabe agregar la écfrasis de la lámina, contenida en el primer cartapacio de la *Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*, que reproduce “pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaíno”:

Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rétulo que decía “Sancho Zancas”, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de “Panza” y de “Zancas”, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. (I, IX, 120)

A lo largo del texto, ora el narrador, ora don Quijote, ora otros personajes que lo conocen, como el cura, el barbero, el ama, la sobrina, Sansón Carrasco, Tomé Celial, su mujer y su hija, o que entrecruzan su destino con él, van discrecionalmente suministrando datos, a veces contradictorios, sobre su figura y su carácter. Pero la principal fuente de información lo constituye Sancho, que es, en efecto, artífice y constructor de sí mismo. Ramírez Santacruz (2016b, 88-89), que ha estudiado en profundidad el “discurso-yo de Sancho”, sostiene que, además, “es un autobiógrafo interesado desde la primera hasta la última página”. Añade que “su discurso autobiográfico, conformado por autorretratos, notas retrospectivas, recuerdos de infancia, revelaciones íntimas, cartas y una amplia gama de estrategias de autorrepresentación, se encuentra desperdigado a lo largo de las dos partes de la novela”. Y comenta que los temas sobre los que versa el desparramado discurso sobre su persona en la primera parte son:

1) los rasgos de carácter que Sancho subraya con la finalidad de crear una imagen positiva de sí mismo y generar simpatía hacia él; 2) la reiteración *ad nauseam* de su linaje de cristiano viejo; 3) la idea de estar predestinado para la desdicha; es decir, Sancho reitera una y otra vez haber nacido bajo una estrella aciaga; 4) la pobreza y los constantes fracasos; 5) la afición por la comida y el vino; 6) los distintos oficios que ejerce; y finalmente 7) un deseo desaforado por abandonar su *yo* actual, o sea, un deseo por hablar, sentir y actuar como si fuera otro, en una palabra, dejar de ser quien es, actitud que comparte con su amo.

Mientras que en la segunda, en que su papel cobra un espectacular relieve, que multiplica su capacidad actancial hasta alcanzar por fin el anhelado gobierno insular y desempeñarlo con excelencia, al tiempo que va creciendo su autonomía respecto de su amo, Sancho, que se no solo ha cogido afición a la aventura y al juego, sino que se muestra mucho más confiado y seguro de sí mismo, tiende a hablar más, de su pasado, de su linaje, de sus posibilidades, o sea, de la afirmación de su persona, y, sobre todo, a exhibirse de cara a la galería, al saberse

coprotagonista de un libro de éxito que los niños manosean, los mozos leen, los hombres entienden, los viejos celebran y los pajes devoran.

Retratos en el espejo

Hay una estrategia más a las mencionadas en la presentación y construcción de personajes que Cervantes ensaya en *Don Quijote*, en especial en la segunda parte, a propósito de los dos personajes principales, cuyo funcionamiento vamos a desarrollar en Sancho, conviene a saber: el careo con un doble. Lo que Riley (2000, 153-159), habida cuenta de que únicamente lo observó en el hidalgo manchego, denominó “reflejos quijotescos”. A lo largo del discurso, don Quijote y Sancho se topan con personajes en los que se contemplan y, recíprocamente, se ven contemplados, en los que atisban rasgos de su personalidad y, a la par, notorios contrastes, con los que afirman su identidad y los que les permiten modificar su conducta, sondear otras posibilidades de desarrollo y de actuación, evolucionar, en suma, psicológicamente. Don Quijote es sometido a escrutinio, en el *Ingenioso hidalgo*, por el discreto y jubiloso caballero andaluz Vivaldo, uno de los gentileshombres a caballo con los que se topan y asisten al entierro gentil de Grisóstomo; el cual le pregunta, en la animada conversación que mantienen durante el camino, “qué quería decir caballeros andantes” (I, XIII, 148). Para contestarle, don Quijote esboza una historia de la literatura cortés y caballeresca desde el rey Arturo hasta don Belianís de Grecia, pasando por los caballeros de la Mesa Redonda, los doce pares de Francia y Amadís de Gaula y su progenie, con el ánimo de situarse en la misma línea como continuador y restaurador de la caballería en la Edad Hierro; es decir: tanto para certificar su condición y su profesión como para avalar su pretensión. La discusión gira a continuación sobre si puede o no haber caballero andante sin dama y sobre un escrúpulo que preocupa a Vivaldo, cual es que los caballeros andantes, al acometer una peligrosa aventura en que puede peligrar su vida, se encomiendan antes a su amada que a Dios. Don Quijote, a pesar de que le asegura que un caballero cristiano no puede hacer tal cosa, es eso, sin embargo, lo que ha hecho hasta ahora, como se demuestra en la aventura de los molinos (I, VIII, 104) y en la batalla con el vizcaíno (I, VIII, 112). En adelante, en cambio, no olvidará el miramiento de Vivaldo y, aprendida la lección, se encomendará siempre a Dios en primer lugar y después a Dulcinea. Uno de los momentos más brillantes de la primera parte lo constituye el abrazo de don Quijote, enfermo de literatura y amor, y Cardenio, enfermo de amor y literatura, cuya penosa situación en Sierra Morena inspira al caballero su gratuita penitencia amorosa por Dulcinea, aunque luego él se debata entre imitar a Amadís de Gaula cuando hace blanda penitencia en la Peña Pobre bajo el alias de Beltenebros o al furioso Orlando que enloquece vehemente y violentamente por la traición de Angélica la Bella con el paje Medoro:

Don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y, apeándose de Rocinante, con gentil continente y donaire, le fue a abrazar y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos le hubiera conocido. El otro, a quien podemos llamar “el Roto de la Mala Figura” (como a don Quijote “el de la Triste”), después de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y, puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote que don Quijote lo estaba de verle a él. (I, XXIII, 285)

En el *Ingenioso caballero*, se multiplican, en parte como consecuencia de la fama de los protagonistas, los encuentros de este tipo de don Quijote. Los más significativos no son sino la aventura con el enamorado Caballero del Bosque o de los Espejos, parodia viva del propio hidalgo que escenifica su convecino el socarrón bachiller Sansón Carrasco (II, XII y XIV); el encuentro con el Caballero del Verde Gabán, don Diego de Miranda, dos hidalgos manchegos de una misma edad pero de vida contraria en acción, el cual discurre, en parte, por los mismos derroteros que el de con Cardenio: “si mucho miraba el de lo verde a don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo verde” (II, XVII, 820); la inesperada visita nocturna de doña Rodríguez al cuarto de don Quijote (II, XLVIII), secuencia indeleble de hilarante comicidad, conforme al atuendo de los dos personajes, la sorpresa mayúscula, las expectativas creadas, las castas precauciones sexuales que determinan los dos cincuentones, los fantasmas y el pandemónium en que deviene; y el cara a cara con el famoso bandolero catalán Roque Guinart (II, LX-LXI), auténtico caballero andante de los tiempos modernos que empalidece la anacrónica figura de don Quijote, ya en el declive de su carrera, aunque la de aquel a juicio de este no sea sino una “vida, por cierto, miserable y enfadosa” (II, LXI, 1234) y lo anime a que abrace su profesión.

A Sancho no le ocurre ninguna situación análoga en la primera parte. Mas en la segunda le suceden, al margen de su gobierno en Barataria, que constituye su apoteosis como personaje, cinco, que analizaremos en torno a tres: la apócrifa conversación con su mujer Teresa Panza (II, V), el coloquio entremesil con el escudero del Caballero del Bosque o de los Espejos (II, XIII-XIV), el enfrentamiento verbal con doña Rodríguez de Grijalba a cuenta del borrico (II, XXXI), la conversación con la Duquesa (II, XXXIII) y el encuentro en un camino con el morisco Ricote (II, LIV), en las que salen a relucir facetas fundamentales de su fisionomía caracterial. A estas cinco situaciones, cabe sumar los dos debates que mantiene consigo mismo intramuros de su ciudadela: el monólogo en las afueras del Toboso (II, X), en el que pergeña el encantamiento de Dulcinea y demuestra ser un avezado creador de ficciones ilusionistas, y el introspectivo soliloquio en la sima (II, LV), que culmina el proceso de reconcomiendo de sus propias limitaciones, procedente, en parte, del segundo consejo que le dio don Quijote antes de partir a Barataria (“has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que pueda imaginarse” [II, XLII, 1059]) y de su experiencia de gobierno.

“El nuevo y suave coloquio que pasó entre los escuderos”: Sancho frente a Tomé Celial

De entre las innovaciones que introduce Cervantes en la segunda parte del *Quijote* en relación con la primera,⁶ la más audaz y la más relevante, al punto de haberse erigido en uno de los baluartes primordiales de la narratividad moderna y contemporánea por mor de su extraordinaria potencialidad, lo constituye la integración en su orbe, como objeto de ficción, del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, escrito por el historiador árabe Cide Hamete Benengeli, traducida al castellano por el morisco aljamiado y editada por el segundo autor, en tanto libro estampado y leído por varios de los personajes, sorprendentes receptores a un tiempo fuera y dentro del marco narrativo, con los que entran en conocimiento don

⁶ Los párrafos que siguen a continuación proceden, reelaborados, de Muñoz Sánchez (2013), en donde se repasan las novedades más significativas del *Ingenioso caballero*. Véase también Sevilla Arroyo (2015).

Quijote y Sancho —Sansón Carrasco, los Duques, los pastores de la fingida Arcadia, don Juan y don Jerónimo y don Antonio Moreno—, a los que cabe sumar a los lectores externos, ese público indeterminado que consumía en masa los “más de doce mil libros de la tal historia” impresos, cuyos juicios, comentados por los protagonistas y Sansón (II, III-IV) fueron tal vez tenidos en cuenta por Cervantes.

De ella resulta ese momento mágico de la literatura universal en que don Quijote y Sancho adquieren realidad. Dejan de ser exclusivamente productos *artísticos* para cobrar substancia, entidad *real*; y con ellos, todos los demás personajes, comprendidos tanto Rocinante y el rucio como el biógrafo cronista y la fantasmagórica Dulcinea: si están escritos en un libro, que es un objeto empírico, que algunos de los que se mueven en su mismo plano de ficción han leído, es porque tienen existencia efectivamente verdadera; son, desde la ficción de la segunda parte, personajes históricos que se han convertido en literarios. E igualmente, y como consecuencia de su existencia, alcanzan autonomía (o libertad) respecto de la autoridad del narrador primario y del sistema de autores ficticios, a los que se atreven a juzgar críticamente, y autoconciencia, de la que magistralmente harán gala en su autodefensa de los falsos don Quijote y Sancho. Lo que comporta que en esta segunda parte don Quijote, a diferencia de la primera, no salga para ser armado y adquirir honra y prez, sino para ser reconocido, aprobado y celebrado no solo como famoso caballero andante, sino también como restaurador y archivo viviente de las leyes de la caballería. Por eso, en el *Ingenioso caballero* se comporta de una forma más reposada, más cauta, más prudente, más benévola y más dialogante, hasta el punto de que diserta y sienta cátedra a propósito de cualquier tema referido a la vida humana, a las ciencias y las letras, a la guerra y la paz, a la etiqueta cortesana y la política, a la dialéctica entre caballeros andantes y caballeros cortesanos, a la policía y el cuidado personal⁷. Parecido sucede con Sancho Panza, puesto que, al saberse el segundo personaje más importante de un libro impreso y que lo que más se aprecia de él es oírle hablar, potencia su aspecto de hablador incontinente, desarrolla su papel donairoso o de gracioso y se instituye en modelo de escuderos, hasta el extremo de erigirse en fundador de una nueva orden: la de los escuderos habladores y pacíficos.

Solo que el libro escrito sobre sus hazañas, que don Quijote no ha leído ni leerá, no se ajusta a las características idealistas de las epopeyas caballerescas del que imagina haber protagonizado, sino a las de una crónica documentada de su persona escrita en árabe por un estrafalario y desautorizado historiador, traducida al castellano y contada por un narrador primario como una ficción cómica realista en la que, entre otras cosas, se cuenta el estrepitoso fracaso de su propósito de ser caballero andante en los tiempos modernos. Entre estos dos polos, entre la figura heroica que cree (y quiere) ser y la figura paródico-burlesca que es, oscila don Quijote —encarnadura de un nuevo concepto de personaje—. Entre una y otra, la celebración que los demás le dispensan; los que no le conocen, como don Diego de Miranda, Basilio, Quiteria y sus amigos o el primo, o que lo conocen pero no han leído su historia, como Maese Pedro/Ginés de Pasamonte, que se mantienen a la expectativa dentro de un trato deferente, y los que han leído la primera parte, que, sabedores de su monomanía, diseñan para él bromas, ficciones, burlas, farsas, representaciones, algunas de ellas de extraordinario

⁷ Sobre el papel crucial que desempeña la fama literaria de don Quijote en la segunda parte, derivada de la inclusión de la noticia de la publicación de la primera, véase Riley (2002) y Blanco (2016).

aparato escenográfico, concebidas en emulación de los libros de caballerías, de las fiestas palaciegas de la época (Close 1991 y 2019, 258-283) y del mundo al revés del carnaval (Redondo 1989 e Iffland, 439-470). En este sentido, Sancho, de acuerdo con Riley (2000, 143), “se halla en algún punto entre su amo y el resto del mundo, al ser en ocasiones engañador y en otras engañado”. Como sea, son circunstancias y situaciones que fluctúan, según la posición, el punto de vista y el grado de conocimiento de los hechos que tienen los distintos personajes, entre la realidad y la fantasía, la verdad y la mentira.

La aventura del Caballero del Bosque o de los Espejos (II, XII-XV), después del encantamiento de Dulcinea por Sancho (II, X) es la primera secuencia narrativa de este tipo. Como sabremos por la noticia final que proporciona el narrador primario, se trata de una estratagema que han ideado en burla el cura, el barbero y el bachiller para hacer regresar a don Quijote al lugar de la Mancha, sirviéndose de un paso habitual de los libros caballerías, el desafío por la dama. Para lo cual Sansón Carrasco y un compadre y vecino de Sancho, Tomé Celial, “hombre alegre y de lucios cascos” (II, XV, 815), se han disfrazado de caballero andante y escudero, en imitación paródica —y un tanto burda— de don Quijote y Sancho,⁸ y han ido tras sus pasos hasta toparse con ellos, como por casualidad, en una floresta. Así, lo que para los falsos caballero y escudero no es más que una burla inventada y controlada —supuestamente— con buenas intenciones, para los genuinos es una verdadera aventura; mientras que para aquellos don Quijote y Sancho son dos perfectos conocidos, para los héroes son dos auténticos desconocidos. Y sobre esa disimilitud, sobre ese contrato transcurre el desarrollo de toda la secuencia hasta el inesperado final —que habla de la imprevisibilidad de la vida—, en especial la plática de los escuderos, que se articula en dos momentos que giran, principalmente, en derredor de dos rasgos del carácter de Sancho: la avidez, entreverada con la lealtad y la afición al vino, y el temor, que arriba al pavor.

Luego de trabar conocimiento, los dos caballeros discurren sobre sus damas y sus amores, hasta que Sancho interviene, para —fingida— sorpresa del del Bosque, que, como lector del *Ingenioso hidalgo*, está al tanto de las controversias que tuvieron el caballero y el escudero a propósito de la facundia de este, que acarrió la prohibición de aquel de que le hablara y el posterior levantamiento de la interdicción, y que, como vecino de Sancho, sabe del pie que cojea: “Nunca he visto yo escudero [...] que se atreva a hablar donde habla su señor” (II, XII, 791). Lo que aprovecha el escudero del Bosque para proponer a Sancho que se aparten de sus señores “donde podamos hablar escuderialmente cuanto quisiéremos” (II, XII, 791), que el labrador acepta de buena gana, por cuanto, aparte de decirle quién es, le mostrará que puede “entrar en docena con los más hablantes escuderos” (II, XII, 792).

El objetivo principal que persigue Tomé Celial, bien adoctrinado por Sansón Carrasco, no es otro que es sembrar dudas en Sancho y convencerle de que se deje de disparates e insensateces, regrese a su casa y se encargue del cuidado de su familia. Se trata de un tema que, aunque permea el *Quijote* entero (Riley 2000, 177-178), cobra un substancial relieve en la segunda parte, en donde se preconiza como la forma más adecuada de vivir en contra de la correrías de don Quijote; encarna en la figura de don Diego de Miranda, que pasa sus días en

⁸ No le falta, pues, razón a Urbina (154) cuando sostiene que “gracias a la intromisión del falso caballero y del no menos falso escudero, la ficción cobra un aire de autenticidad inesperado, resultando sus protagonistas más complejos y mejor delineados que sus imitadores. La parodia en la que estos últimos participan es en definitiva inferior a la llevada a cabo por don Quijote y Sancho”.

su hacienda, con su mujer, sus hijos y sus amigos, dedicado al ejercicio de la caza y la lectura de libros devotos; y comporta el enfrentamiento polémico entre los caballeros cortesanos, que viajan observando el mundo en un mapa y se entretienen armando jaulas de palillos, y los errantes caballeros aventureros (Cátedra, 144-168).

La primera de las tres ocasiones que Tomé Celial conmina a Sancho a mudar de designio se funda en la mala vida que los escuderos pasan con sus señores hasta que estos les pagan sus servicios con una merced, según se desprende de las reiteradas quejas de Sancho en el *Ingenioso hidalgo*, y, en su lugar, le pinta las bondades de la vida retirada, o sea, le esboza, no sin gracejo, un menosprecio de corte, en tanto tráfago mundano, y alabanza de aldea:

Harto mejor sería —le dice— que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos a nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos, cazando o pescando, que, ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea? (II, XIII, 793).

E insiste:

Real y verdaderamente [...], señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías destos caballeros y retirarme a mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. (II, XIII, 794)

Pero Sancho zanja la cuestión aduciendo el beneficio económico, más allá de la difusa promesa del gobierno insular, que espera obtener de la segunda salida con su señor, tercera de don Quijote:

Ruego yo a Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano y me abrazo con él y lo llevo a mi casa, y echo censos y fundo rentas y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero. (II, XIII, 795-796)

Es así como Sancho declara abierta y rotundamente que el motivo principal por el cual sirve a don Quijote no es otro que un codicioso interés. Una ambición, por otra parte, que ya había expuesto con toda nitidez en su “discreta y graciosa plática” con Teresa Panza, donde no solo habían salido a relucir los famosos escudos de oro de la maletilla de Cardenio (“vuelvo a salir con él, porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados” [II, v, 723-724]), sino en la que había exhibido un desmedido afán de medro y de consideración social ante la eventualidad de verse gobernador de una ínsula; y ello muy a contrapelo de su mujer, que, a base de sentido común y de una defensa de la rígida sociedad estamental, le intenta hacer ver que lo mejor es conformarse con su estado natural y de paso, menguar sus encumbradas expectativas.

En este primer envite, el malicioso escudero del Caballero del Bosque, compadre y buen amigo de Sancho, deja caer de forma no menos subrepticia que ambigua, al hilo de la conversación sobre sus familias y de la expresión “¡oh hideputa, puta!”, que Mari Sancha no

se comporta quizá todo lo honrada y decentemente que debiera. Sancho, antes que aclararlo, lo enturbia y aun incluye a su mujer: “Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de la dos, Dios quiriendo, mientras yo viviere” (II, XIII, 795). Estas misteriosas insinuaciones sobre su familia se habían deslizado antes con irónica oblicuidad, como ha estudiado Serés (1995-1997), en la conversación entre Sancho y Teresa a propósito de Sanchico, hijo natural tal vez del tío abad (“advertir que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razón que vaya a la escuela, si es que su tío el abad le ha de dejar hecho de la Iglesia”), y de Mari Sancha, “que desea tanto tener marido como vos deseáis veros con gobierno, y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada que bien abarraganada” (II, V, 725).

El “bosqueril escudero”, aprovechando que Sancho ha sacado a colación la locura de su amo, procura persuadirlo de nuevo arguyendo el sinsentido que se esconde en dejarse conducir por un tonto bellaco, y concluye que “mejor es retirarnos con buen compás de pies, y volvernos a nuestras querencias” (II, XIII, 797). Sancho, entonces, despliega toda su humanidad, sale en defensa de su señor y habla del afecto que siente por él:

El mío [...] no tiene nada de bellaco, antes tiene una alma como un cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna; un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga. (II, XIII, 796-797)

Ya en el diálogo con Sansón Carrasco y don Quijote sobre el destino de la tercera salida, luego de justificarse de lo hecho con los cien escudos y del robo rucio, Sancho le aseguraba al bachiller: “no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que jamás sirvió a caballero andante” (II, IV, 720). Resulta, con todo, difícil calibrar con rigor la postura de Sancho frente a don Quijote, al que parece estimar bien; su lealtad podría ser, ciertamente, uno de sus atributos, que él esgrime en momentos puntuales, pero está siempre supeditada a la codicia y el interés personal, como se corrobora en su cansancio y desilusión tras el episodio de los alcaldes rebuznadores (II, XXVIII), en su relación con la Duquesa, a quien no vacila en proponerse como su escudero y servidor (II, XXXII), y en lo atinente al desencanto de Dulcinea.

Llegada a este punto la donosa plática de los escuderos, en la que Cervantes, con extraordinario dominio de los resortes del arte cómica, conjuga lo solemne de la caballescía con lo burlesco del diálogo entremesil de los criados, experimenta un giro en que Sancho muestra su lado más materialista, mundano y epicúreo: su glotonería, su afición a la bebida, a decir refranes y a contar todo tipo de relatos breves, al punto de que profiere la divertida anécdota sobre sus antepasados mojones o finos catadores de vino, de los que él se considera legítimo heredero. Un viraje que da pie a su convecino a que por tercera y última vez le incite a regresar a casa. Pero Sancho lo tiene claro: “hasta que mi amo llegue a Zaragoza, le serviré, que después todos nos entenderemos” (II, XIII, 800).

La segunda parte de la conversación entre el escudero del Caballero del Bosque o de los Espejos y el del Caballero de la Triste Figura tiene lugar a la mañana siguiente, en paralelo a los preparativos del combate que va a enfrentar a sus señores para dirimir si Casildea de Vándala es más o menos bella que Dulcinea del Toboso. En ella, se pone de manifiesto, al explicar el primero al segundo que, según reza una costumbre de los duelos en Andalucía, “mientras nuestros dueños riñeren también hemos de pelear y hacernos astillas” (II, XIV, 804),

la cobardía congénita de Sancho y su pacífico talante, puesto que se opone categóricamente a pelear con él, aunque sea infringiendo tal norma de la que él nunca ha oído hablar a su amo, que “sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería” (II, XIV, 805), y cuya correspondiente sanción estaría dispuesto a pagar si fuera necesario; además, no podría contender, por descortesía, con alguien con quien ha comido y bebido.

Esta faceta del carácter de Sancho deviene trascendental en el desarrollo del texto y en su evolución como personaje, por cuanto, constatar que carece de madera de líder militar, será el resorte final que lo conduzca a renunciar a sus funciones gubernamentales, pese a haberse defendido espléndidamente como juez y legislador, lo que ponga coto a su ambición, a su afán de ascenso social.

Por lo pronto, transformada en puro pavor cuando distingue a la luz del sol las desaforadas y horripilantes narices de su contrincante, viabiliza, con sutil ironía cervantina, una solución inesperada en el combate de los caballeros. Se erige, en efecto, en el imponderable con que el azar obstaculiza el designio —y castiga la tosca imitación— de Sansón Carrasco, que es vencido contra pronóstico por don Quijote precisamente por subvenir a su escudero a trepar a un alcornoque mientras dura el cuerpo a cuerpo, a fin de que no se quede al lado de semejante adefesio que tanto miedo le infunde. E inserta un tema de hondo calado y largo recorrido en el discurso, cual es el del burlador burlado, como Tomé Celial le reconoce al malhadado bachiller:

Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos; él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos, pues, ahora, cuál es más loco, el que lo es por no poder menos o el que lo es por su voluntad. (II, XV, 816)

Lo más sorprendente de que don Quijote y Sancho descubran que el Caballero de los Espejos es Sansón Carrasco y que su escudero, quitadas las narices, es Tomé Celial, estriba en que no caigan en el embuste; en especial Sancho, a quien su convecino ha dado señas fehacientes de quién es, cuya credulidad pone su discreción en entredicho. Bien es verdad que su visión de la realidad es mucho más crítica que la de su señor y que además, ante las súbitas metamorfosis que forjan los malignos encantadores, porque si no, “¿en qué consideración puede haber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas, a pelear” con don Quijote?” (II, XVI, 818), le interesa disimular tanto como callar, pues “como él sabía que la transformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacían las quimeras de su amo, pero no le quiso replicar, por no decir alguna palabra que descubriese su embuste” (II, XVI, 819).

Y así concluye el entremés de los escuderos, en el cual, entre otras cuestiones relativas a su fisionomía caracterial y a hablillas de su familia, se confirma que Sancho, como consecuencia de la publicación del *Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, de Cide Hamete Benengeli, representa el nuevo arquetipo escuderil, desbancando a Gandalín, de quien él es en origen parodia.

“Que se sentase como gobernador y hablase como escudero”: el tête à tête de Sancho y la Duquesa

Apunta Edmund Williamson (2013b, 163; 2014, 109) que los Duques, durante la estancia de don Quijote y Sancho en sus dominios (II, XXX-LVII y LXIX-LXX), no solo quebrantan con conocimiento de causa las normas sociales de la ley del decoro al recibir a un hidalgo de pueblo como si fuera un héroe caballeresco que mereciera ser tratado de igual a igual y al sentar a su mesa y conversar de tú a tú con un jornalero analfabeto, sino que conforman un mundo al revés a la media de los deseos y anhelos de sus huéspedes, con el propósito de divertirse a su costa y de inmiscuirse aviesamente en su relación, mediante la elaboración de una serie de burlas, algunas de ellas de espléndido boato y aparato teatral, que hallan su máxima expresión en la profecía de Merlín (II, XXXIV-XXXV) y en la concesión del gobierno de la ínsula Barataria a Sancho (II, XXXII y XLV, XLVII, XLIX, LI y LIII), en tanto invierten la jerarquía de uno y otro y premian al escudero por delante del caballero.

La invitación de la Duquesa a Sancho a que, tras la sobremesa del banquete de recibimiento, “se viniese a pasar la tarde con ella y sus doncellas en una muy fresca sala” (II, XXXII, 987) cumple un papel cardinal en todo ello, porque su interrogatorio desnuda a Sancho, quien al mismo tiempo le proporciona información de primera mano, “que aún no está en historia” (II, XXXIII, 988), a propósito de uno de los temas medulares, si no el principal, de la segunda parte: el encantamiento de Dulcinea. Hasta ahora solo estaban al tanto del mismo el urdidor de la estratagema, Sancho, y el engañado, don Quijote. A partir de las revelaciones de Sancho a la Duquesa, el tema cobrará otros derroteros, que comenzarán justamente en la espectacular burla de la profecía del sabio Merlín sobre el deshechizo de Dulcinea, para cuya confección es igualmente fundamental lo sucedido en la aventura de la cueva de Montesinos, que Sancho desembucha en primicia a su protectora.

Y es que la Duquesa, en efecto, desde que el caballero y el escudero se topan con ella en una floresta, se declara sin ambages admiradora de Sancho, al que tiene “por más gracioso y por más loco que a su amo” (II, XXXII, 975), al que patrocina, incluso desacreditando a don Quijote, y al que convierte en su hombre de placer.⁹ Papel que Sancho acepta y que cumple con creces, como se echa de ver, pongamos, en su actitud con doña Rodríguez, a la que, a cuenta de los cuidados del asno, moteja e insulta procazmente con el chiste de la higa, ganándose la reconvención de don Quijote, que, avergonzado, lo tacha de “truhán moderno y majadero antiguo” y le pide que huya “destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhán desgraciado” (II, XXXI, 965).

Hay también en la Duquesa, como ha destacado Rivers (1991, 36-38), la fascinación del lector que tiene la posibilidad de conocer y tratar personalmente a uno de sus personajes literarios preferidos; representa, en el orbe ficticio del *Ingenioso caballero*, a esos receptores históricos del *Ingenioso hidalgo* que saboreaban por encima de todo su manera de hablar. La “sabrosa plática” de la Duquesa y Sancho Panza constituye un momento prodigioso de la literatura universal en que Cervantes trastorna y descompone los círculos de la realidad: ¿a quién no le gustaría poder entrevistarse con aquellos entes de ficción que han marcado su existencia, en no pocas ocasiones de manera más durable que muchas de las personas de carne y hueso que han conocido?

⁹ Sobre el papel que Sancho desempeña en el palacio de los Duques, véase Canavaggio (2016), Close (1973), Di Stefano (1980), Rivers (1991) y Urbina (164-190).

Inquieta la Duquesa a Sancho, al que ha hecho sentar, con cordial dispensación, en una silla baja del estrado rodeado por sus doncellas y dueñas, sobre un reconcomio que le queda de la lectura de la historia impresa de don Quijote: ¿cómo se atrevió a inventar la patraña de la embajada a Dulcinea, en que rebaja y desprestigia su estado, y engañar vilmente a su señor, “cosas todas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos?” (II, XXXIII, 988). Sancho, que se levanta, con el dedo sobre la boca, en orden de verificar que están solos, que nadie escucha escondido tras los doseles, le confiesa, sin pelos en la lengua, que, habida cuenta de que su amo es un loco mentecato, le puede hacer creer a su conveniencia una cosa por otra, como fue lo de la embajada y como ha sido lo del encanto de Dulcinea:

Ahora, señora mía, que he visto que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé a lo que se me ha preguntado y a todo aquello que se me preguntare. Y lo primero que digo es que yo tengo a mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, a mí se me ha asentado que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo a hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis o ocho días, que aún no está en historia, conviene a saber: lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado a entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Úbeda. (II, XXXIII, 988)

La Duquesa, a continuación de que su invitado le explique lo de la burla del encantamiento, emplea el mismo argumento, pero arrimado a su circunstancia, que había manejado Tome Celial disfrazado de escudero: ¿cómo le va a otorgar la merced de un gobierno a alguien si, por seguir con conocimiento a un loco, parece aún más loco y más tonto? Sancho, entonces, recurre al expediente de la lealtad y solidaridad para con don Quijote:

Yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero esta fue mi suerte y esta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo; somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, diome sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón. (II, XXXIII, 989)

Sancho, empero, y la Duquesa probablemente lo discierne con nitidez, miente; no sirve a su señor por su suerte, antes bien por el ansia de mejora económica y social, y no le es exactamente fiel, puesto que lo engaña cuando lo precisa como le acaba de espetar su anfitriona, en la comida en homenaje a don Quijote se ha mofado de él y lo ha dejado en ridículo delante de los Duques y del insolente clérigo contando la anécdota del hidalgo de su lugar que invita a comer al labrador rico (II, XXXI), ahora le está refiriendo a la Duquesa sucesos personales suyos que utilizará en su contra, está por abandonarlo a favor del gobierno insular y poco ha ofrecido su persona a la Duquesa: “labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir a vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar” (II, XXXII, 986).

A renglón seguido, Sancho se muestra dispuesto a entender no solo que no le quieran dar el gobierno, sino que quizá sea lo más apropiado para no errar ni condenar su alma por una desmesurada ambición:

Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia; que, maguera tonto, se me entiende aquel refrán de “por su mal le nacieron alas a la hormiga”; y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador. (II, XXXIII, 989-990)

Sin embargo, es más un razonamiento impostado que franco y espontáneo, como se demuestra sin ir más lejos tanto en la cacería mayor con el vestido verde de monte que le dan y que él toma con la “intención de venderle en la primera ocasión que pudiese” (II, XXXIV, 997), como en la obligada anuencia de darse los azotes que le impone Merlín para desencantar a Dulcinea, pues deja entrever que hubiera sido más fácil que consintiera con un soborno mediante (II, XXXV, 1011).

La Duquesa imprime un sesgo inesperado a la conversación, apuntando a la polaridad discreto simple de Sancho, al intentar persuadirle de que el encantamiento de Dulcinea fue un suceso real y verdadero llevado a cabo por los encantadores que persiguen a su señor, de tal modo que él, “pensando ser el engañador, es el engañado” (II, XXXIII, 992). Sancho parece convenir con ello, porque concuerda con el relato de lo que vio su señor en la cueva de Montesinos, cuyo acaecimiento le cuenta punto por punto, y porque le viene pintiparado para excusarse ante ella: “yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote, y no con la intención de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones” (II, XXXIII, 993). Ciertamente es que, tras insistir la Duquesa en que fue como dice, Sancho se enzarza en un discurso no menos resbaladizo que ambiguo, repleto de refranes, dichos y frases hechas difíciles de interpretar cabalmente, en el que no queda del todo clara su postura final, y la forma en que después engañará a su señor con los azotes del desencanto parecen ir en esa dirección, tanto más cuando desvía la conversación hacia su fama de personaje literario que le faculta para regir, así que “encájeme ese gobierno y verán maravillas, que quien ha sido buen escudero será buen gobernador” (II, XXXIII, 994).

“Y luego se abrazaron los dos”: el encuentro de Sancho y Ricote

Después de abandonar, tras un intenso proceso de introspección, el gobierno de la ínsula Barataria, Sancho, de camino al palacio de los duques, en algún de la Corona de Aragón, se topa con un escuadrón de romeros, conformado por “seis peregrinos con sus bordones, de estos extranjeros que piden la limosna cantando”, lo cuales no desaprovechan la ocasión para mover la caridad del escudero, que les ofrece de buen grado aquello de que van proveídas sus alforjas: queso y pan, si bien lo que ellos desean no es sino “*Guelte! Guelte!*” (II, LIV, 1166). Al entender que lo que requieren es dinero, Sancho, que salió de su gobierno igual de pobre que cuando entró, pasa adelante, pero uno de ellos, que se le queda mirando atentamente, le echa, por sorpresa, “los brazos por la cintura” (II, LIV, 1167) y en una explosión de júbilo, ante el desconcierto del labrador, se identifica como “tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar” (II, LIV, 1167), de modo que, al reconocerlo, con la misma alegría, Sancho, “sin apearce del jumento, le echó los brazos al cuello” (II, LIV, 1167). Tras “la entrañable anagnórisis” (Márquez Villanueva 1975, 241) de dos viejos convecinos, amigos

por demás, inmediatamente Sancho advierte al tendero de la locura de personarse en territorio hispano, “donde si te cogen y conocen tendrás harta mala ventura” (II, LIV, 1168). Confiado en que el escudero no le descubrirá, Ricote le invita a paliar el hambre con sus compañeros de peregrinación, dejando para después el cuento de su vida desde que abandonó la aldea manchega, “por obedecer el bando de Su Majestad, que con tanto rigor a los desdichados de mi nación amenazaba” (II, LIV, 1168), hasta este su regreso disfrazado como falso romero. Durante la refracción, regada con abundante vino, el narrador primario prosigue individualizando a Ricote del grupo de peregrinos, pues, aparte de su perfecto dominio del castellano y de su cordial relación de amistad con Sancho, el morisco destaca por ser, frente a la mocedad de los otros cinco tudescos, un “hombre entrado en años” (II, LIV, 1168). Es decir, todo este preámbulo que antecede a la historia de Ricote, como se ha destacado, sirve para humanizar y dignificar la figura del morisco, hasta hacerla converger con la del escudero: hablan la misma lengua, comen y beben lo mismo, son amigos y vecinos; nada los diferencia más que su condición racial: “Ricote es tan español como pueda serlo Sancho” (Spitzer, 173). Y, efectivamente, eso es lo que pondera por encima de todo el tendero, no sin antes alabar el bando de Felipe III, en la relación de su peregrinar como exiliado, su españolismo:

Doquiera que estamos lloramos por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural [...]; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven a ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor a la patria. (II, LIV, 1170-1171)

Y si él aún se debate entre el cristianismo y el islamismo, no así su hija y su mujer, pues “yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas” (II, LIV, 1172). No obstante, la realidad del edicto de expulsión no hace distinción alguna entre los moriscos, Ricote lo sabía, y así, en cuanto tuvo noticia de él, abandonó su casa manchega para buscar otra en la que poder vivir dignamente él y su familia, y, entre Europa y la África musulmana, encontró que en la Alemania luterana es donde “se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas: cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia” (II, LIV, 1171). Ahora ha regresado para rescatar un tesoro que dejó escondido, ir en busca de su mujer y su hija y partir hacia la ciudad de Augusta (Augsburgo), donde ha dejado concertados una casa y un futuro imposibles en España, dada la estrechez e intolerancia ideológicas.

Como ha comentado Márquez Villanueva (1975, 238),¹⁰ a través del encuentro de Sancho y Ricote y de la relación autodiegética de este último, “el destierro de los moriscos se nos muestra desnudo de toda sombra abstracta y traspuesto del plano de las ideas político-religiosas al de un puro, irreductible dolor humano. El dolor de Ricote en primer término, pero también la preocupada melancolía de Sancho por el perdido amigo y buen vecino”. Y es que, el escudero, que se abstiene de declarar sus ideas sobre el asunto, es otro muy distinto del donairoso hombre de placer que no deja títere con cabeza en su estancia en el palacio ducal, la

¹⁰ Neuschäfer (107-108) sostiene, asimismo, que el relato de Ricote “es casi una documentación de las consecuencias que tuvo la represión y expulsión para los desdichados moriscos: pérdida de su identidad lingüística, nacional, cultural, dispersión de las familias por toda Europa y el norte de África, hostilidad de los autóctonos contra los que venían a pedir asilo, etc.”.

autognosis sufrida durante su gobierno y la cruda realidad de Ricote le hacen ser cauto y prudente en sus manifestaciones y aun le llevan a despreciar la ganancia que le promete el morisco si le ayuda a recuperar el escondido tesoro.

Aún queda, sin embargo, parte del caso por contar: la salida de la familia de Ricote de la aldea de don Quijote, que constituye el preámbulo de la historia de amor de la Ricota y don Pedro —luego Gaspar— Gregorio, que se desarrolla en los capítulos LXIII y LXV. En efecto, el tendero no entiende que siendo su mujer y su hija católicas confesas se hayan encaminado a Argel en lugar de a Francia. Sancho, que lo vivió en persona, tiene la explicación: Juan Tiopieyo, el hermano de su mujer, morisco criptomusulmán, es el que ha decidido por ellas. Cervantes acostumbra a mostrar varias perspectivas de la realidad, y si en el tendero se cifra una faceta —el debate entre cristianismo e islamismo—, en la de su mujer y su hija, otra —cristianismo militante—, y en la de su cuñado, una tercera —el islamismo—. Lo que no es óbice para que se exhiba el patetismo de todo un lugar que se muestra inoperante e impotente frente a una decisión político-social operada en las altas instancias gubernamentales de la Monarquía Hispánica. Así, las amigas de Ricota la acompañaron en el duro trance de la marcha, “con tanto sentimiento —cuenta Sancho—, que a mí me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón” (II, LIV, 1175); si bien, el que “se mostró más apasionado fue don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la quería mucho, y después que ella se partió nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla, pero hasta ahora no se ha sabido nada” (II, LIV, 1175).

No es solo Ricote, sin embargo, el que se encuentra en una coyuntura vital asaz espinosa; también Sancho atraviesa uno de los momentos más complicados y peliagudos de su trayectoria, la pérdida del sueño de la promoción social, como consecuencia del proceso de *nosce te ipsum* tras la traumática experiencia de su gobierno¹¹.

En efecto, ante la insistencia del tendero de que le ayude a desenterrar el tesoro que dejó escondido antes de partir a cambio de doscientos escudos, que podrán remediar las muchas necesidades que sabe que padece, Sancho, que en parte no quiere meterse en problemas ni traicionar a su rey, le va poco a poco desvelando que acaba de renunciar a un puesto de gobernador de una ínsula, llamada Barataria, que apenas dista dos leguas de donde se hallan. Ricote, que no da crédito a lo que escucha, le pregunta qué ha ganado, a lo que responde: “el haber conocido que no soy bueno ara gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento” (II, LIV, 1174).

Cierre

La increíble historia del labrador analfabeto de una innominada población manchega que se ha convertido, en los tiempos modernos, en “escudero andado” de un caballero andante, que figura como coprotagonista de un libro impreso de éxito, que ha devenido un famoso personaje literario de tipo cómico, digno de ser imitado tanto como de ser invitado por una gran dama de la alta aristocracia a comer en su mesa y a platicar cordialmente en su estrado rodeado de sus dueñas y doncellas, y que, gracias a ello, ha llegado a ser gobernador de una

¹¹ A este respecto, dice Close (2019, 126) que Cervantes con la evolución de don Quijote y Sancho a lo largo del texto “anticipa uno de los temas principales del género futuro de la novela, cómo se forjan y se pierden las ilusiones”.

ínsula en tierra firme, resulta un enigma incomprensible e irresoluble para Ricote.

Yo no te entiendo, Sancho [...], pero paréceme que todo lo que dices es disparate, que, ¿quién te había de dar a ti ínsulas que gobernases? ¿Faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla Sancho”. (II, LIV, 1174)

Sancho, como afirmaba Dámaso Alonso (313-314), podría ser tal vez la máxima creación cervantina. En todo caso, su progreso como personaje, en especial en la segunda parte del *Quijote*, que ha llegado a ser llamada la “epopeya de Sancho” (Urbina, 168), “forma parte de un fenómeno literario de la época que refleja un lento pero seguro proceso en la historia social. A lo largo de dos centurias, por lo menos, desde *La Celestina* y a través de numerosas novelas picarescas y comedias, vía Molière y Defoe, Lesage y Beaumarchais, el criado astuto va imponiéndose” (Riley 2000, 150).

Obras citadas

- Alonso, Dámaso. "Sancho-Quijote; Sancho-Sancho". En George Haley ed. *El "Quijote" de Cervantes*. Madrid: Taurus, 1980. 313-319.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. "Don Quijote, Sancho, Dulcinea: aproximaciones". *Crítica Hispánica* 11 (1989): 53-67.
- Blanco, Mercedes. "De cómo los libros cambian el mundo: el *Quijote* de 1615". *Criticón* 127 (2016): 57-75.
- Canavaggio, Jean. *Retornos a Cervantes*. Nueva York: IDEA, 2014.
- . "Las bufonadas palaciegas de Sancho Panza". *Criticón* 127 (2016): 129-141.
- Cátedra, Pedro M. *El sueño caballeresco. De la caballería de papel al sueño real de don Quijote*. Madrid: Abada, 2007.
- Cervantes, Miguel de. *Novelas ejemplares*. Ed. Jorge García López. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2005.
- . *Don Quijote de la Mancha*. Ed del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico. Madrid: RAE, 2015. 2 vols.
- Close, Anthony. "Sancho Panza, Wise Fool". *Modern Language Review* LXVIII (1973): 344-357.
- . "Fiestas palaciegas en la segunda parte del *Quijote*". En *Actas del II Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona: Anthropos, 1991. 475-483.
- . "¿Cómo se debe remunerar a un escudero, a salario o a merced?: la cuestión del realismo del *Quijote*". En Isabel Lozano-Renieblas y Juan Carlos Mercado eds. *Silva: Studia philologica in honorem Isaías Lerner*. Madrid: Castalia, 2001. 153-166.
- . *Cervantes y la mentalidad cómica de su tiempo*. L. Iglesias y C. Conde trad. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2007a.
- . "La construcción de los personajes de don Quijote y Sancho". En Emilio Martínez Mata ed. *Cervantes y el "Quijote"*. Madrid: Arco Libros, 2007b. 39-53.
- . *Guía esencial del "Quijote"*. Pról. de Emilio Martínez Mata, María Cristina Valdés trad. Madrid: Visor, 2019.
- Di Stefano, Giuseppe. "La nobildonna e le dilettevoli trasgressioni dello scudiero". En *I codici della trasgressività in area ispanica*. Padua: Università degli Studi di Padova, 1980. 53-62.
- Flores, Robert M. *Sancho Panza Through Three Hundred Seventy-five Years of Continuations, Imitations and Criticism, 1605-1980*. Newark: Juan de la Cuesta, 1982.
- Frenk, Margit. *Don Quijote ¿muere cuerdo?*. México DF: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- Hendrix, William S., "Sancho Panza and de Comic Types of the Sixteen Century". En *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*. Madrid: Librería y Casa Editorial Hernando, 1925. 3 vols. II, 485-494.
- Iffland, James. *De fiestas y aguafiestas: risa, locura e ideología Cervantes y Avellaneda*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 1999.
- Lozano-Renieblas, Isabel. "La última novela de Miguel de Cervantes". En los Estudios y anexos a Miguel de Cervantes. *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ed. Laura Fernández, notas Carlos Romero Muñoz e Ignacio García Aguilar, estudios de Isabel Lozano-Renieblas y Laura Fernández. Madrid: RAE, 2017: 443-502.
- Llorens, Vicente. "Historia y ficción en el *Quijote*". En George Haley ed. *El "Quijote" de Cervantes*. Madrid: Taurus, 1980. 253-265.
- Márquez Villanueva, Francisco. *Fuentes literarias cervantinas*. Madrid: Gredos, 1973.
- . *Personajes y temas del "Quijote"*. Madrid: Taurus, 1975. 229-335.
- Martín Morán, José Manuel. *Cervantes y el "Quijote" hacia la novela moderna*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2009.

- Martínez-Bonati, Félix. *El “Quijote” y la poética de la novela*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 1995.
- Molho, Maurice. *Cervantes: raíces folklóricas*. Madrid: Gredos, 1976. 217-335.
- . “Doña Sancha. (*Quijote*, II, 60)”. En *Homenaje a José Manuel Blecua*. Madrid: Gredos, 1983. 443-448.
- Muñoz Sánchez, Juan Ramón. “Hacia una nueva visión de la estructura de *La Galatea*”. *Epos XIX* (2003): 91-101.
- . “A propósito de la composición de la segunda parte del *Quijote* con especial atención a los episodios novelescos y su relación con las *Novelas ejemplares*”. *Artifara 13 bis* (2013): 207-251.
- . “*El mejor de los libros de entretenimiento*”: Reflexiones sobre “*Los trabajos de Persiles y Sigismunda, historia septentrional*”, de Miguel de Cervantes. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2018.
- Neuschäfer, Hans-Jörg. *La ética del “Quijote”*. Madrid: Gredos, 1999.
- Ramírez Santacruz, Francisco. “Sancho: los ‘Panzas’, la boca y el habla”. En Ignacio Arellano, Duilio Ayalamecedo y James Iffland eds. *El “Quijote” desde América (Segunda parte)*. Nueva York: IDEA, 2016a. 287-298.
- . “‘El verdadero Sancho Panza soy yo’: Cervantes en el espejo”. En Antonio Cortijo Ocaña, Gustavo Illades Aguiar y Francisco Ramírez Santacruz eds. *El “Quijote” de 1615. Dobleces, inversiones, paradojas, desbordamientos e imposibles*. Santa Bárbara: University of California / Publications of *eHumanista*, 2016b. 87-97.
- Redondo, Agustín. “Tradición carnavalesca y creación literaria: del personaje de Sancho Panza al episodio de la ínsula Barataria en el *Quijote*”, *Bulletin Hispanique LXXX* (1978): 39-70.
- . “El *Quijote* y la tradición carnavalesca”. *Anthropos XCVIII-XCIX* (1989): 93-98.
- Rey Hazas, Antonio y Florencio Sevilla Arroyo. Introducción a Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha II*. Ed. de F. Sevilla Arroyo y A. Rey Hazas. Madrid: Alianza (*O.C.*, vol. 5), 1996. I-LXXIII.
- Riley, Edward C. *Introducción al “Quijote”*. Enrique Torner Montoya trad. Barcelona: Crítica, 2000.
- . “La singularidad de la fama de don Quijote”. *Cervantes 22.1* (2002): 27-41.
- Rivers, Elias L. “Sancho y la Duquesa: una nota socioliteraria”. *Cervantes 11.2* (1991): 35-42.
- Salazar Rincón, Javier. “El personaje de Sancho Panza y los lectores del siglo XVII”, *Anales Cervantinos XXXVI* (2004): 197-246.
- Serés, Guillermo. “El entremés de los Panza y el Tío abad de Sanchico”. *Anales Cervantinos XXXIII* (1995-1997): 27-38.
- Sevilla Arroyo, Florencio. “«Don Quijote dilatado» en 1615”. *eHumanista/Cervantes 4*, (2015): 1-25.
- Sletsjöe, Leif. *Sancho Panza, hombre de bien*. Madrid: Ínsula, 1961.
- Spitzer, Leo. “Perspectivismo lingüístico en el *Quijote*”. En *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1955.
- Torrente Ballester, Gonzalo. *El “Quijote” como juego*. Madrid: Guadarrama, 1975.
- Urbina, Eduardo. *El sin par Sancho Panza: parodia y creación*. Barcelona: Anthropos, 1991.
- Williamson, Edwin. *El “Quijote” y los libros de caballerías*. Pról. de Mario Vargas Llosa, M^a Jesús Fernández trad. Madrid: Taurus, 1991.
- . “La autoridad de don Quijote y el poder de Sancho: el conflicto político en el fondo del *Quijote*. En Ignacio Arellano, Christoph Strosetzki y Edwin Williamson eds. *Autoridad y poder en el Siglo de Oro*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, Madrid, 2009. 241-266.

- . “La transformación de don Quijote y Sancho en la Segunda Parte”. En Emilio Martínez Mata ed. *Cervantes y los cauces de la novela moderna*. Madrid: Visor / Cátedra Emilio Alarcos Llorach, 2013a. 33-79.
- . “Crítica al poder y trastornos ideológicos: la estancia de don Quijote y Sancho con los Duques”. En Jesús M. Usunáriz y Edwin Williamson eds. *La autoridad política y el poder de las letras en el Siglo de Oro*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2013b. 157-181.
- . De un ‘mundo al revés’ a un ‘mundo nuevo’: la prolongación de la Segunda Parte del *Quijote* y sus consecuencias”. En Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro eds. *Comentarios a Cervantes. Actas selectas del VIII Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Madrid: Fundación María Cristina Masaveu Peterson, 2014. 104-121.
- . La interpretación romántica del *Quijote* y sus detractores: Una evaluación crítica. En Victoriano Roncero López y Juan Manuel Escudero Baztán eds. *“Doctos libros juntos”. Homenaje al profesor Ignacio Arellano Ayuso*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2018. 527-539.